

Ana Luengo: *Arqueología del esencialismo español. Leyes, genealogías y herencias*. Granada: Comares, 2023, 192 pp.*

La pregunta sobre España, sobre su ser y pertenencia, es una cuestión transversal e irresoluble, sostenida en el tiempo, en ocasiones aletargada y en otras sacudida, (im)presente, si se quiere jugar con las dualidades que nos ofrece cierto desapego a la gramática normativa. Desde el exilio, donde el tema cobró una lógica y relevante importancia, Sánchez Barbudo afirmaba en *Una pregunta sobre España* (1945) que decir España es encararse con un problema, poner el dedo en la llaga, despertar un misterio inquietante porque implica nombrar lo que se esconde y que, por lo cercano e íntimo que resulta, corroe. Casi ochenta años después, es sintomático que el libro de Ana Luengo, *Arqueología del esencialismo español. Leyes, genealogías y herencias* deba volver sobre ello, haciendo uso de renovadas técnicas analíticas e interpretativas, para presentar un viaje a la semilla de la candente cuestión, en un momento como el actual en que el concepto (lo español, en definitiva) se encuentra en un permanente estado de tensión. Esta se ejerce sobre él no para ampliar sus límites y acoger al *otro* que no se ha visto históricamente interpelado, sino para ejercer una presión hacia su núcleo que lo empequeñece, que dificulta el acceso desde un afuera de sí mismo y que lo presenta, así, como garante y guardián de unas esencias. Como indica Sebastiaan Faber en el prólogo, el propósito de Luengo es desestabilizar ese sentido común españolista tan esencialista como monolítico, buscar las líneas de fractura presentes en esta reducida interpretación de lo español para introducir cuñas y abrir grietas que nos permitan verlo de otra forma (11).

El ensayo de Luengo plantea arqueologizar aquello que *corroe*, un ejercicio de buceo por las turbulentas aguas de lo *español* como problema identitario en el que disecciona los diversos discursos (en un sentido foucaultiano) que participan en el ejercicio de su modelado: la legislación, la literatura, el cine, el periodismo, la televisión, los nuevos formatos que ofrece la red, etc. No peca por ello de dispersión, pues las calas que realiza, a modo de estudio cultural (desde la Ley de Amnistía o de Memoria Histórica hasta, por ejemplo, el *podcast* de Isabel Cadena Cañón *De eso no se habla*, la serie de RTVE *El ministerio del tiempo* o la novela de Javier Cercas *Soldados de Salamina*) son siempre presentadas como

* Este trabajo ha sido desarrollado con la ayuda de una Subvención para la Contratación de Personal Investigador en Fase Postdoctoral (CIAPOS) de la Generalitat Valenciana (número de referencia: CIAPOS/2022/069) concedida a través de la Universitat de València y con estancia en la Universidad de Alcalá.

herramientas de producción de sentido ideológico en torno a la cuestión central del volumen. *Arqueología del esencialismo español* ofrece así un estudio cultural, heterogéneo y multidisciplinar que hace suya la máxima adorniana según la cual no hay nada ya que sea inofensivo.

Para articular el análisis, recurre Luengo al concepto nietzscheano de *genealogía*, según el cual la crítica hacia los valores morales requiere poner en tela de juicio “el valor mismo de tales valores” (18), para lo que se antoja necesario conocer las condiciones y circunstancias en las que aparecieron, se desarrollaron y cambiaron. Inevitablemente, las reflexiones de Nietzsche la llevan a Foucault y a su propuesta de una arqueología que debe “insistir en las meticulosidades y azares de los comienzos; prestar una atención escrupulosa a su irrisoria mezquindad; prepararse para verlos surgir, al fin sin máscaras, con la cara de lo otro; no tener pudor en ir a buscarlos allá dónde están, registrando los bajos fondos” (17-18). Pero la polisemia del término también habilita a Luengo para ofrecer una profundización en esa otra genealogía (entendida como conjunto de antepasados) que “sigue promulgando centros de poder fuera del orden democrático e igualitario” (14) y cuyo ejemplo claro, señala, es la monarquía: “guardiana de la herencia”, decía Juan Carlos I en su discurso de noviembre de 1975; salvaguarda, afirmaba más recientemente Felipe VI, de “una España que no puede negarse a sí misma tal y como es: que no puede renunciar a su propio ser”. De aquí brota la pregunta transversal: ¿cuál es el “propio ser”? ¿Por qué no podemos negarlo, cuestionarlo, problematizarlo?

Cuando Luengo cuestiona la hegemonía genealógica e ideológica de la clase dominante toma el ejemplo paradigmático de la entrada al congreso de los diputados de Podemos en enero de 2016, fundamentado en una nueva forma de ocupación del espacio público y en la no repetición de los gestos de la clase dominante. A partir de este acto de rebeldía, analiza la maquinaria de lo que Guillem Martínez llamó *cultura de la Transición* (citado por Luengo), cuyo relato deviene mecanismo de autodefensa de las esencias: una “fiesta de pijamas”, dijo Victoria Prego en *El Mundo* al hablar de su indumentaria, creando una “jerarquía moral” entre estos (jóvenes rupturistas) y aquellos (experimentados gestores ataviados con trajes y corbatas). El detalle no es baladí, pues responde a una puesta en primera línea de otras claves estructurales: la familia y, por ende, la herencia, ligadas a la transmisión de capital(es) y de recuerdos (19).

En este sentido, Luengo acierta con la inclusión de su propia genealogía familiar, personal y profesional en el análisis. Sucede, por ejemplo, al utilizar la experiencia del visionado de la entrevista entre Jordi Évole y Esperanza Aguirre (que abre la introducción y cierra el primer capítulo), al retomar las siempre tensas reuniones familiares (“sinécdoque de la cultura privilegiada de la Transición” [56]) o al desgranar las implicaciones de *Libertad sin ira*, la canción de Jarcha que fue banda sonora de su infancia en Barcelona. Sobre esta, dice que planteaba “deshacerse de cualquier forma de ira o recuerdo de la represión y mantener el silencio” y proponía un olvido o perdón cristiano (2023: 57), que sería refrendado, en cierta medida, por la Ley de Amnistía de 1977. Por el contrario, Luengo propone durante este primer capítulo (“Una fiesta de pijamas versus la idílica

concordia nacional”) la necesidad de un paradigma no sostenido en la Concordia Nacional esencialista, sino en el disenso (tras la senda de Luisa Elena Delgado en *La nación singular*) y en la rabia (2023: 69), que permita romper el silencio traumático (término tomado de Gabriele Schwab) para interrumpir la perpetuación de los patrones de violencia y silencio: “Ofrecer soluciones simbólicas que no se reflejen en los derechos de las víctimas y sus descendientes, ni en la condena de sus victimarios, no solo no es suficiente, sino que tampoco es ético y, con seguridad, no sirve para cerrar ninguna deuda” (85). Para enfrentar este problema sobre la justicia histórica, Luengo defiende, tras la senda de Nietzsche, el resentimiento como motor de la historia, pues este “se vuelve creador y produce valores” (Nietzsche en Luengo 2023: 78). La parte final de este segundo capítulo es un certero análisis, a partir de estas bases teóricas, sobre algunos productos audiovisuales que han desarrollado un ejercicio de borrado sobre la participación del ejército español en la II Guerra Mundial, un detalle histórico eliminado del discurso público mayoritario para ocultar la relación ideológica y material entre el nazismo y el franquismo, y, por ende, para proteger la herencia monárquica de este último (recordemos, la salvaguarda de todas las esencias, en palabras del propio rey).

El tercer y último apartado lleva por título “Desde los Pirineos a los Andes: España y sus incómodos exilios”. Este se articula alrededor del concepto de *solidaridad* y propone un análisis de las cinco estrategias mediáticas desarrolladas por los medios en las representaciones mediáticas del refugiado: infantilización, autenticidad, la memoria, el uso de los números y la deshumanización de los refugiados sirios. Dependiendo de la forma en que consumimos estos dramas humanitarios, indica Luengo, se producen unos efectos de respuesta en la ciudadanía, en gran medida acordes a la visión gubernamental (126). A partir de la lectura de las imágenes del horror (aquella del niño muerto en la playa), del silencio durante el confinamiento de 2020 (cuando “ellos, estando ya abocados a la muerte, han perdido hasta el derecho a aparecer en las noticias” [129]) o de la vinculación con el exilio español de la posguerra (*Les corrales de l'exili*, de Pere Quart, o de *Josep*, de Aurel), Luengo disecciona el vaivén de sensaciones que transmiten los medios al hablar de ese *otro* que es el migrante sirio. Cuando, años después del inicio de la guerra, España no ha acogido más que a 898 de las 17.680 personas con las que se comprometió, señala, los medios viran desde la solidaridad manifestada inicialmente hacia la proyección de un espectáculo autorreferencial: “se comenzaba a planear una mecánica descompasiva que iba a servir como autojustificación por no haber sido capaces de ofrecer una respuesta humanitaria” (154). El gobierno español, añade hacia el final del apartado (y ello se materializa en una legislación muy restrictiva), borra el ejercicio genealógico de ligazón con el exilio patrio: entre las esencias del ser español, aquellas que referían Juan Carlos I y Felipe VI en sus discursos, aquellas defendidas por la derecha política, aquellas representadas en series, películas y novelas que han sido convenientemente analizadas, no parece tener cabida la memoria de la migración que, en realidad, sí es parte integrante de la identidad española: ¿Qué generación, desde, al menos, principios del siglo XIX no ha sufrido exilios ideo-

lógicos, posbélicos o económicos? Tan alto llega el exilio como parte integrante del ser español que afecta, incluso, al rey emérito, por mucho que los medios encubran esta condición y hablen de ello como “estancia”, “marcha” o, incluso, “cambio de residencia fiscal”. Recordemos, como significativo detalle, que desde Carlos IV todos los reyes y reinas de la casa Borbón han debido exiliarse en algún momento de su reinado.

El germen identitario de lo español, concluye Luengo, brota de dos detalles fundamentales: la falta de reparación y de juicio de los crímenes de la dictadura y el sentimiento imperialista como razón de ser nacional (172-173). Ambos se proyectan expresiones culturales de diferente naturaleza. En paralelo, los medios de comunicación articulan la narrativa de quiénes hemos sido y de quiénes somos al ofrecernos las herramientas normativas y hegemónicas de procesamiento del pasado y de apertura/cierre de las fronteras. El ejercicio arqueológico desplegado permite a Luengo problematizar la acuciante y aparentemente irresoluble cuestión sobre lo español: que las aludidas bases del esencialismo (tan eternas como inaprensibles) son el obstáculo para crear políticas compasivas con quienes no participan del proyecto imperialista de destino universal, concordia e impunidad (180). Sostener un país sobre una fantasía autocreada es inestable. Hacerlo, además, mientras sangran las heridas abiertas y se impone la ideología del olvido es hacer de lo español (sea lo que sea) un constructo identitario de unos pocos (de aquellos cuya historia, precisamente, se alinea con la hegemonía normativa del patriotismo).

RAÚL MOLINA GIL
Universitat de València / Universidad de Alcalá
molinagilraul@gmail.com